



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, durante el inicio de la peregrinación de la imagen de  
Ntra. Sra. de la Caridad por la Arquidiócesis de La Habana.**

**Madruga, 4 de septiembre de 2011.**

Queridos hermanos y hermanas:

La Virgen María, la Madre de Jesús, el Hijo de Dios que se hizo hombre en sus entrañas purísimas, nos dice el Santo Evangelio que, tan pronto como supo por el anuncio del Ángel, que el Mesías, el Salvador del mundo tomaba cuerpo en su seno por la acción milagrosa del Espíritu Santo, se puso en camino y subió a la montaña a casa de su prima Isabel. Esta la recibió diciéndole a toda voz: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”.

La imagen bendita de la Virgen María de la Caridad, de la madre de Jesús, el Hijo de Dios que Ella trae en sus brazos, ha llegado por fin a nuestra Arquidiócesis de La Habana. No ha subido en este caso la Virgen María a la montaña, sino más bien ha bajado desde las montañas orientales, desde la montaña de El Cobre donde inició su peregrinación, para recorrer todo nuestro país de oriente a occidente. No es la imagen que está siempre en El Cobre y que espera allí la visita de los cubanos, es la imagen peregrina, la que nuestros mambises veneraron especialmente, la que ha recorrido ya una vez en el siglo pasado todo nuestro país y lo recorre ahora. Nosotros la recibimos como lo ha hecho todo nuestro pueblo desde Maisí hasta Matanzas, repitiendo con el evangelio lo que la Virgen de la Caridad, nuestra Madre y Patrona ha escuchado ya de cientos de miles de cubanos: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”.

¡Cuántas voces han repetido en ciudades, poblados y cruces de camino esta frase del Evangelio saludando a la Virgen de la Caridad, pero alabando al mismo tiempo a Jesucristo, Nuestro Señor, el Salvador del mundo! Porque no sólo la proclamamos bendita a Ella, sino al fruto de su vientre Jesús.

La mayoría de nuestro pueblo está bautizado en el nombre de Jesús, lo que quiere decir que no sólo somos cristianos culturalmente, sino que lo somos sacramentalmente, hemos recibido el Santo Sacramento del Bautismo, los cubanos somos en gran número hijos de la Iglesia Católica.

Me decía hace un par de años el militar que estaba a cargo del cuidado de la zona donde se halla el Cristo de La Habana, que estaba entonces poco iluminado: mire a ver que usted puede hacer para ponerle las luces, porque nosotros somos cristianos y ese Cristo es un símbolo, o sea, existe entre nosotros un reconocimiento común de la presencia del cristianismo en nuestras raíces.

Somos cristianos, creemos en Dios, pero necesitamos símbolos que nos hagan pensar, revivir nuestra fe dormida; salir de nuestra indiferencia.

La imagen de la Virgen de la Caridad, la Virgen Mambisa que nos visita, tiene una misión: remueve nuestras conciencias y nuestros corazones y hace nacer o más bien renacer en nosotros esa fe dormida, callada en el fondo por temor o por compromiso y en ocasiones simplemente desconocida por las nuevas generaciones que, aunque bautizadas en muchos casos y con sentimientos religiosos en sus corazones, no saben cómo expresarlos, no tienen quién los guíe. No existe educación religiosa en las escuelas y las familias, muchas veces fragmentadas por la emigración o dañadas por la separación de los padres, que se sienten desorientados ellos mismos, no dicen a sus hijos una palabra sobre Dios.

Hace años una madre vino a verme y me dijo con lágrimas en los ojos que su hija, en edad escolar, le había dicho: mami, ¡qué bebé más lindo vi puesto hoy a la entrada de una iglesia!, ¿qué es eso? Y añadió la señora, ¡qué dolor sentí de que mi hija a los doce años de edad no supiera quién era el niño Jesús, el Hijo de Dios y que estábamos en Navidad! Y pensé que yo era responsable de que esto le pasara, y ya llorando me dijo: “mi hija no está bautizada”.

Los abuelos y las abuelas han sido quienes han mantenido en sus familias la fe viva, como llamitas, adonde han acudido muchos nietos, nietas, parientes y vecinos buscando la luz de la fe. Gracias a Dios por esos abuelos.

El adormecimiento de la fe no es sólo el olvido de rezar o la vergüenza de proclamar su fe católica. La ausencia de Dios trae también una carencia de virtudes humanas; nos volvemos fríos y duros en el hogar y con los demás, tomamos a la ligera las relaciones amorosas como el noviazgo y hasta el mismo matrimonio. Es doloroso ver con qué frecuencia se acude al aborto, a la supresión de la vida en el seno materno, o con qué facilidad se rompe la unión matrimonial.

Y cuánta amargura, resentimiento, violencia y aún odio se alberga en los corazones cuando falta la fe cristiana. Lo que con urgencia necesitan el hombre y la mujer en Cuba hoy, la familia cubana, la sociedad cubana, es el amor, el amor cristiano que brota de la fe.

El título hermoso con que los cubanos veneramos a la Virgen María lo recibimos, junto con su imagen, flotando en la bahía de Nipe, en una tabla escrita que nos decía: “Yo soy la Virgen de la Caridad”. Y la palabra Caridad significa Amor. Es la Virgen del Amor, la Madre de Jesús y madre nuestra, la que ha llegado hasta nosotros, la que nos visita hoy aquí e inicia en Madruga su recorrido por la provincia de Mayabeque. La Virgen de la Caridad viene a traernos el amor y esto quiere decir que podremos recoger en nosotros como una bendición de Dios, los frutos del amor como son la reconciliación, la paz, la alegría, la esperanza, esa esperanza que tanto necesitamos los cubanos.

Como cristianos, como hijos de María de la Caridad debemos mirar al mundo con esperanza. Es imprescindible sembrar amor, para que haya esperanza.

Esta peregrinación de la Patrona de Cuba entre nosotros no será como una ráfaga de viento fresco que ahora sopla y pasa después. El entusiasmo con que ha sido recibida, los frutos de amor y de bien que está dejando a su paso por Cuba harán que este recorrido de la Virgen de la Caridad deje una huella imborrable en nuestro pueblo: un despertar de corazones a la fe cristiana, unos sentimientos renovados de amistad y paz entre todos los cubanos. El paso de Dios por la historia cambia la historia, porque cambia los corazones de los hombres que son quienes hacen la historia. El paso del Papa Juan Pablo II por Cuba nos dejó una realidad nueva en nuestro país. La mamá que se lamentaba porque su niña no sabía que era Navidad me había hablado antes de que volviera a celebrarse públicamente la

Navidad en Cuba. Eso ocurrió después de la visita del Papa. Ahora los niños y los jóvenes tienen vacaciones de Navidad. Y se dan además los frutos espirituales, los que no se ven. Si hace un par de años un militar me dijo junto al Cristo de La Habana: “somos cristianos” es porque el Papa pasó por Cuba. Si hoy tantos y tantas, de la condición que sean, proclaman abiertamente su fe, si llevan la cruz en el pecho, si se da gracias a Dios o sentimos a nuestro lado la frase “Dios te bendiga” es porque a partir de la visita del Beato Juan Pablo II Dios ha abierto un camino espiritual en nuestro pueblo. La Virgen de la Caridad viene a alentar ese camino, a sembrarlo de flores. El camino espiritual del hombre debe ser cuidado por la Iglesia. Esa es su misión.

La vida espiritual de un pueblo es imprescindible para el desarrollo integral de una nación, como lo puede ser la economía, la educación y la salud corporal.

Cuba necesita fortalecer su vida espiritual, para que los valores no se pierdan, para que podamos trabajar juntos por el bien común.

Pero estoy convencido de que Dios confió a la Madre de Jesús, a la Virgen María de la Caridad, la Evangelización de Cuba, es decir, que el Hijo de Dios que nació de su vientre virginal sea conocido y amado en nuestra patria y esté en el centro de la espiritualidad del pueblo cubano.

Esta peregrinación de la Virgen de la Caridad está mostrando que Cuba vive una primavera de fe: el pueblo cubano se acerca a la Iglesia Católica, los tiempos de extraños disimulos, de temores y repliegues han quedado atrás. Algunos, diría yo, burócratas de oficio, no se dan cuenta de que las épocas de confrontación han terminado. Hay que ver las facilidades de todo orden y el buen espíritu de colaboración de todas las autoridades para preparar esta acogida a la Virgen aquí en Madruga y en esta provincia de Mayabeque.

En esta hora de nuestra historia nacional, necesitada de muchos cambios, muchas cosas han comenzado ya a cambiar.

En esta peregrinación de la Virgen de la Caridad del Cobre por nuestra Arquidiócesis de La Habana pidamos también con insistencia a nuestra Patrona por esos cambios necesarios en nuestro país, para que todos concurren pronto al bien de nuestro pueblo cubano.

Queridos hermanos y hermanas: La Virgen de la Caridad está entre nosotros: mírenla, récenle, pidan por los suyos, por los que están aquí y por los que están fuera de Cuba, pidan salud y paz y tranquilidad para todos, pero pidan también que crezca la fe de sus familias, de nuestros niños, de nuestros adolescentes, de los jóvenes, de aquellos que terminan sus estudios y buscan ubicación. Pidán por las familias, por el fortalecimiento de la familia en Cuba.

Y recuerden: La fe en Jesucristo, Dios y Señor nuestro, y la devoción a la Santísima Virgen María, Nuestra Señora de la Caridad, será la mejor herencia que una familia puede dejar a sus hijos.

Abran sus corazones a la Virgen de la Caridad. Ella es nuestra Madre y la Madre, si no puede darlo todo, da siempre consuelo y amor a sus hijos.

¡Que viva la Virgen de la Caridad del Cobre!

*-Servicio de noticias-*

*Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**